

temas «correctos» tendrá algún acceso al mundo teórico del primer mundo. La paradoja es que se perpetúa el colonialismo lingüístico contra el cual se manifiestan en otras ocasiones autores como Anzaldúa, porque el *spanglish* sólo ha resuelto los problemas de un gueto autoimpuesto entre las minorías latinas oficiales de Estados Unidos. Más escandalosa es la exclusión de F. R. Leavis y Lionel Trilling. Tal vez se eliminó a Leavis porque escribió sobre la «gran tradición» (novelística) y a su vez fue elogiado por otro «tradicionalista», Trilling (cuyo ensayo en *The liberal imagination* sobre *Huckleberry Finn* es todavía uno de los mejores ejemplos de crítica marxista). Lo más patente de las exclusiones es que al hacerlas implícitamente se construye otra tradición, que será reemplazada, pero más rápido. Otra paradoja es que presenciamos una recuperación de Trilling, y la pregunta obvia es hasta dónde llegarán los resultados del relativismo e interdisciplinaridad postmodernos<sup>2</sup>. Cuesta pensar en un artículo de la ampulosa e infamemente obtusa postcolonialista Gayatri Spivak (temprana traductora de Derrida al inglés) que haya iluminado a alguien sobre un texto literario.

El vocablo clave en todas estas discusiones es la ausencia de incluso un facsímil de lo que se pueda conocer como literatura, porque para los nuevos poderes críticos el término y sus variantes son obscenos, y cualquiera que las defiende enfrenta acusaciones de conservador, purista o dinosaurio, sobre todo en el ámbito académico estadounidense. He aquí por qué la antología de Leitch no especifica en su título que toda esa teoría y crítica son ineludiblemente literarias, a pesar de que sus páginas muestran que no pueden existir sin la literariedad, por lo menos hasta el auge del estructuralismo. Desde entonces, cuando todo se convierte en «texto», se ha generalizado en el mundillo intelectual la idea de que aquellos que tienen la experiencia profesional para analizar textos pueden pontificar sobre cualquier tema. Es por esa actitud que hoy no se puede hacer «teoría literaria» sin ser un fanfarrón, arrogante y soberbio, e infinitamente inseguro. Si se pregunta qué queda de las teorías literarias es porque hoy se basan de manera agobiante en una ignorancia de la historia, la literatura y la filosofía, por no decir nada de varios campos de las ciencias humanas de los que los nuevos teóricos saben aún menos. En uno de sus ensayos Gertrude Stein se preguntaba qué son las obras maestras y por qué hay tan pocas. Las antologías que discuto más abajo dan la respuesta de manera somera, en negativo.

<sup>2</sup> Tal vez la mejor explicación de la falta de disciplina (en el sentido filosófico y de campo) sea la de James Doyle, «¿Por qué me aburre tanto el postmodernismo?» *Areté: Revista de Filosofía* [Lima] VIII. 1 (1996): 119-135.

Otra pregunta igualmente pertinente parece ser, si nos guiamos por las discusiones mencionadas, ¿qué queda de la teoría literaria de la izquierda? Esta última continúa, porque sigue existiendo una diferencia entre izquierda y derecha, y es la derecha que insiste en que no la hay. El título de mi artículo alude al de la colección *What's left of theory?* (Nueva York, Routledge, 2000), compilada por Judith Butler et al. Ese título significa «¿qué queda de la teoría?» o «¿qué queda/hay a la izquierda de la teoría?». El subtítulo, que traduzco como «nuevas obras sobre la política de la teoría literaria» revela la verdadera razón de ser de la compilación. En *What's left of theory?* no hay un tema o material consistente. Esto es común cuando se congrega a las «estrellas» de la teoría: dejarles especular sobre lo que les dé la gana. De los nueve ensayos incluidos sólo dos se dedican tangencialmente a problemas literarios. Culler, autor del libro más conocido sobre qué era la teoría en el momento estructuralista, es junto con John Brenkman uno de los osados. Culler concluye que los tiempos han cambiado desde que él ayudó a formular lo que era la nueva crítica, y que tal vez es hora de «volver a obras literarias propiamente dichas para ver si en efecto la condición postmoderna es lo que se debe inferir de las operaciones de la literatura». Explicita así la condición porque sostiene que algo que sí sabemos de las obras literarias es que tienen la capacidad de resistir o ser superiores a lo que se supone que dicen. Pero se echa de menos la sensatez de Culler en el resto de la colección. Por ejemplo, y para variar, Spivak no hace otra cosa que hablar de sí misma, politizando las razones por las cuales su trabajo es inconsecuente fuera de la academia, arrogándose disciplinas en que no ha sido entrenada, y sin pensar por un momento en su propia condición privilegiada. Tampoco le importa que su «discurso» sea incomprensible, como notan el *New York Times*, *The London Review of Books* y revistas como *Philosophy and Literature*, que otorga premios anuales en su «Concurso del Mal Escribir».

Ahora, lo que en verdad «queda» de *What's left of theory?* es el tipo de retórica cuyos únicos protagonistas son el teórico o crítico, los neologismos, la falta de profundidad (el pensamiento débil nunca cree en verdades empíricas) y por supuesto las incesantes acusaciones contra el capitalismo, el sexismo y las hegemonías que los post-teóricos crean al andar. Los compiladores concluyen que no se puede «narrar en términos progresistas» la historia del encuentro entre teoría y literatura, obviamente porque arman su argumento con una idea fija. Por prejuicios como ése no es convincente la idea de que los radicales de la derecha atacan a la izquierda por medio de la estetización de la política y las relaciones de poder, porque nunca ninguna estetización ha sido natural, universal, o políticamente neutra. Ese

tipo de argumento es parte de las actuales regresiones infinitas para descalificar al adversario, y surgen más de la izquierda que de la derecha. Como muestra la Norton, es la izquierda la que apoya y propulsa la noción de que todo es una «construcción social», y por ende opta por cualquier consigna, jerga, estereotipo oxidado o *slogan* que concuerde con su «proyecto». El hecho es que las teorías contemporáneas son incompatibles porque todas se proponen explicar básicamente lo mismo y funcionan de manera diferente. No son teorías como en la ciencia, a pesar de lo que se crea, y como prueban Raymond Tallis y el *affaire* Sokal, la polémica de las dos culturas iniciada por Leavis y Snow está más viva que nunca. A pesar de que se la puede «falsificar» como quería Popper, no se puede decir nada bueno sobre la aplicabilidad de la teoría actual a la literatura cuando funciona para unos textos y no para otros. En un reportaje periodístico William E. Cain, uno de los compiladores de la Norton, explica así la ausencia del influyente (para ciertos tipos de *New Criticism*, marxismo y freudianismo) William Empson: «las fuerzas del mercado no estaban de su lado». Lo que aparentemente sí apoya el mercado es el solipsismo y la publicación de teorías de otros teóricos autoungidos.

Otra estrategia de la ortodoxia teórico-crítica es «situar» su quehacer en el marco de la «post-teoría», giro evidente en una colección como *Post-Theory: new directions in criticism* (Edimburgo, Edinburgh University Press, 1999), compilada por Martin McQuillan y otros. Ésta da por sentado que no hay que especificar que se trata de teoría literaria. Así, se discute el post-género sexual en términos del encuentro entre el «feminismo jurásico» y la política «mariconil» [sic], o la obra de Bourdieu y los cronotopos de la «post-teoría». No falta un ensayo sobre los placeres del trabajo, desde el punto de vista de la estética marxista en un mundo «post-marxista». Tampoco se evita una breve nota sobre el «Post-Mundo» de Cixous, y cuando se pregunta si el género de la novela es «original», se lo hace en términos de Derrida y la «(post-) modernidad» [sic]. Estos y varios otros son parte de «La condición post-teórica». El hecho es que estas condiciones rara vez lidian con algún tipo de literariedad. El único autor literario mencionado con cierta regularidad es Shakespeare, hay cuatro menciones a Samuel Beckett, una (pasajera) a George Eliot, T. S. Eliot, Kafka, Derek Walcott, Wollstonecraft y Yourcenar; dos a Jean Genet; tres a Joyce y Proust, y se acabó. Naturalmente, abundan las referencias a teóricos y filósofos. No hay nada malo en esto, ya que aprenderíamos mucho de la interdisciplinariedad bien aplicada. Pero es obvio que en una colección que se presenta como una manera de elucidar la interpretación, sus autores están cansados de la literatura, no se quieren fastidiar con el aluvión de

nueva (y buena) literatura, o no se han mantenido al día con lo que «otros» (críticos y teóricos «convencionales») están haciendo. También están cansados de la teoría en un sentido amplio, y han inventado un corolario llamado «post-teoría» que se ocupa más de la profesión misma que de la teoría. Interesante, pero no se trata de literatura. La trayectoria es obvia: de la obra en sí al crítico o teórico como estrella (en esta colección los principales son Derrida, Said, Bourdieu y Lyotard) y de ahí a los arreglos institucionales que permiten que el crítico o teórico sean puestos en un pedestal. No se nos debe escapar la ironía de que los autores que ostensiblemente critican esta progresión (cuatro de los dieciocho de la colección son muy conocidos en el mundo anglosajón) están armando carreras para sí mismos, a su manera. Finalmente, lo que provee consistencia al conjunto es que sus autores no citan ejemplos o aducen hechos contrarios a sus teorías, sino sólo los que claramente apoyan o confirman lo que consideran sus verdades únicas. No se crea, sin embargo, que estos excesos han pasado desapercibidos o, peor aún, que no ha habido fuertes reacciones contra ellos.

Aquéllas se pueden rastrear a la crítica de Raymond Picard en *Nouvelle critique ou nouvelle imposture* (1965) contra Barthes. Cuando éste le «contesta» en *Critique et vérité* (1966) la editorial Seuil le pone una cinta al libro con la frase «Faut-il brûler Roland Barthes?» Tal como mostraron los epígonos de Barthes las inquisiciones fueron contra el tipo de crítica que promulgaba Picard. No hay que desesperarse: la Norton contiene contribuciones positivas, como la prominente cantidad de teorías propuestas por mujeres. Si es cierto que muchos de los renuentes iniciales provenían de reductos conservadores o intransigentes, también es verdad que sus diatribas contenían varias verdades y numerosos llamados a la sensatez, especialmente respecto al efecto de las teorías que todavía despegan de la visión de Saussure en torno a la relación entre significante y significado. En varios artículos de *Sobre el descrédito de la literatura y otros avisos humanistas* (1999) Carlos García Gual advierte que los fenómenos teórico-críticos de moda en el mundo cultural norteamericano se pueden repetir en el ambiente cultural hispano con «un breve retraso». Si consideramos la ingerencia de las obras escritas en inglés como parte de los efectos de la globalización y la hegemonía de esa cultura, siento decir que no hay retraso. En este momento, sobre todo en varios departamentos de literatura españoles y argentinos, la reconquista teórica y renovado imperialismo cultural a la inversa se ha adueñado de las expectativas profesionales y de la actitud de profesores y alumnos. El problema es la percepción de esa hegemonía, porque en verdad ha habido una resistencia que ha sido ninguneada u obligada a publicitarse por medio de editoriales menores, precisamente porque